

Ansias ardientes de inmortalidad

«¡Luz a ti, Unamuno!»

El nombre, nostálgico de inmortalidad, ha revuelto en tumultos feroces los fosos del alma del hombre. Es un tema que rebasa las fronteras de la importancia y al lado del cual todo lo demás se reputa contingente y accidental como el aire. ¿Qué estrella y qué norte nos espera después de la disolución de esta vida? Es lo que ha retorcido con vara verde y récia y con mano fuerte y potentísima las conciencias de los filósofos trágicos como el pobre D. Miguel de Unamuno. ¿Qué va a ser de este pobre «Yo» ruinoso, y que espira cada día y que cada día tiende a la disolución como el rocío a evaporizarse? Con una fe solamente amorfa y vagorosa este problema es un intrincado laberinto, y la razón humana y humanizada, por más vuelos que dé, jamás llegará a su comprensión.

Hay que dar cabida a la inmortalidad teológica y catolicísima para que ese cielo, que sin fe es un cielo dudoso y nuboso donde no pueden quebrar albos, se haga con ella luminoso y radiante con albescente claror de luna. No hay que tratar de engañar ni de engañarnos: el problema trágico de la inmortalidad hay que afrontarlo cara a cara, porque lleva soterrados en su entraña hondísima problemas de vida o muerte. No se trata de poner en palabras aliñadas los giros de la Osa Mayor (problema importantísimo en algún tiempo), ni de medir el cielo ni de contar las estrellas (cosa difícil), ni tampoco de pesar los elementos. Ni se trata tampoco en este problema crudo de explicar, según doctrina en sazón, las vicisitudes de la duración de los días y de las noches, ni tampoco su curso alterno, ni las crisis de los astros.

Cuando afrontamos el problema trágico y tremendo de la inmortalidad, tratamos de servir manjares más provechosos a la pobre razón humana, que hace tiempo que hambrea inmortalidad pura y neta. Tratamos... tratamos de ofrecer en lenguaje cincelado y afeitado (de suerte que en claridades de mañana llegue a oídos de todos), qué nos aguarda en la ribera real... realísima del tiempo, un puerto eterno donde descansar tras la tempestad sañuna de la vida. «El remedio, dice D. Miguel, es considerarla cara a cara fija la mirada en la mirada de la Esfin-

ge, que es así como se deshace el maleficio de su aojamiento». Pues, enfrentados con la Esfinje, comencemos. ¿Somos inmortales?

Unamuno no estaba cierto de esta verdad, por más que no la hubiera visto sino en enigma y como por espejo. Por eso, por lo que toca a su vida temporal, vacilaba... ¿Dónde estaba para el filósofo la esperanza inmortal des desde su juventud y a dónde se había apartado la estrella para el pobre náufrago del destino? En su vida bohemia tuvo momentos de zozobra, y anduvo por las tinieblas y el deslizadero, y al fin de su vida desconfió y desesperó de encontrarla en frutos de sus ensueños, sumido como estaba en el mar undoso del pesimismo. Por eso le vemos regurgitar como un cansado la copla negra y bruna:

«Cada vez que considero
que me tengo de morir,
tiendo la capa en el suelo
y no me harto de dormir».

¡Lástima grande da que el pobre náufrago de la existencia no tuviera seguridad de arribar algún día al puerto futuro de la eternidad! La inmortalidad está enclavada, como brújula de eternidad, en la fe de la Madre Espiritual del mundo, que es la Madre Católica Iglesia. Aquí es donde la hallamos verde como una esperanza, de que seguimos viviendo después de esta muerte en los prados rientes de la Gloria.

Pero ahora, descendamos de los montes de la Iglesia y sumerjámonos en las galerías de la propia razón. Mi razón me dice en el dictamen inflexible de mi conciencia, que hay dos hechos radiantísimos que nadie puede negar. Esto anida también en la flaca y pobre razón humana, que siente el deseo inextinguible de ser feliz.

Todos queremos con un amor fulminante ser felices. El mismo Unamuno. lo mismo que los rectores y gobernadores del Pesimismo, que sólo fugazmente y con famélico pensamiento lamieron el sabor sabrosísimo de lo eterno. Ante nuestra conciencia (ante la conciencia de todos) está extendido el deseo inmenso de vivir..., de vivir siempre..., de ser felices. Y este mismo deseo ruge en el corazón con duelo y

quebranto. Esta idea intacta y robusta de ser felices está anclada reciamente en el espíritu humano, alindado y embellecido de razón. Hay momentos en la vida en que, abatidos por la bruma de la duda y flácidos y sin ideas felices, andábamos vacilantes en el fondo del Pesimismo; pero de pronto las alas del Optimismo baten las paredes del alma, y nos empinan y nos levantan en la altura, y parece que nos dicen a voz en cuello: «Arriba, hombre, no seas cobarde: tu ideal no se ha hundido; existen otras regiones que habitar».

Es así... es así... es así... Hay en el hondón del espíritu del hombre una enfermedad creciente que nos lo dice, y lo hace presentir como lucero cierto. Esto (lo vuelvo a repetir) lo sentimos todos. Desde el párvulo lactante hasta el hombre varón de edad propecta. Este camino que divide estos dos términos de partida, no se pueden recorrer sin ir en búsqueda de la felicidad inevitablemente. Para el párvulo feble, afásico, débil y enteco, la vida rudimentaria tiene también atractivos y no carece de su propio encanto. A él le es dulce y sabroso vivir, y si pudiera vivir siempre. El niño —hombre en germen— busca la vida..., la felicidad... en la medida de su virtud y fuerzas y enegías.

Y es el joven mozuelo quien lo busca en todos sus afanes. Lo mismo cuando imbuído en ilusiones de viento, que al revolverse en el cieno como en cinomomos y ungüentos preciosos, y también cuando en ardores de pujanza, formidables hasta el pasmo, crece y hace germinar selváticamente sobre sus miembros en flor el materral enmarañado de los vicios.

Siempre... siempre... siempre... el deseo inextinguible de ser más está cantando inmortalidad teológica y católica. Y es que siempre y por siglos infinitos estará en vigor verde, como una esperanza, el aforismo rotundo y terminante del clavel de Tagaste: «Fecisti nos, Domine, ad Te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in Te».

Es, pues, cierto, con certeza absoluta e invulnerable, que bulle en nosotros el fuego voracísimo de ser más... de ser inmortales.

JOSÉ GIL GONZÁLEZ